

—desde niña— que nunca podrá dar la talla, porque sus peculiaridades, ya sea en la esfera privada como en la pública, no serán reconocidas y, mucho menos, aceptadas.

En el padre, un policía corrupto que impone respeto infundiendo el pánico entre los más desposeídos, concurren «el hombre escocés y el pueblo africano». Figura que promueve en Xuela el tránsito por varios hogares que le son hostiles y ajenos, donde la soledad se instala en ella tanto como la sensación de no pertenencia, lo que la llevará a un exarcebado ensimismamiento y al autoerotismo. En consecuencia, su cuerpo se constituye en la única fuente de placer —ya que le proporciona cierto goce íntimo, secreto— y en una especie de refugio que le facilita protegerse de un exterior violento, habitado por seres embrutecidos. Así, las relaciones sexuales y sentimentales que establece con algunos hombres se verán, de inmediato, entorpecidas; la consciencia de que es tratada como un objeto desvalorizado, la decepción y el miedo le impiden alimentar su deseo y sostenerlo o sentir amor verdadero hacia alguien, frente a la amenaza de ser devorada por el otro.

«El impulso de la posesión —dice la narradora— está vivo en todos los corazones; hay quien elige vastas llanuras, quien elige altas montañas, hay quien elige extensos mares y quien elige un esposo; yo elijo

poseerme a mí misma». Este enunciado de libertad individual se reafirma, una vez más, con su negación a procrearse y dejar descendencia en un mundo de sometimiento y discriminación. De ahí, también, el rechazo que expresa ante la idea de formar parte de una raza o de una nación, porque no tiene «el coraje para soportar el crimen que supone aceptar esas identidades».

Mujer, mestiza y pobre, la protagonista de esta novela logra, finalmente, ser madre de sí misma, recuperarse del dolor de estar en el peldaño más bajo, en la sombra, y preservar su integridad, puesto que «es» en la medida en que puede contar y contarse, urdir «un relato de la persona a la que nunca se le permitió ser y un relato de la persona en que nunca me permití convertirme». Su resistencia cobra el viso de una salida posible, a pesar de la desconfianza que le suscita la gestación de un futuro próximo más justo para los suyos y para aquellos que, como las mujeres, viven doblemente maniatados.

Esta posible salida o respiradero que Jamaica Kincaid introduce en las últimas páginas de *La autobiografía de mi madre* rompe la atmósfera desesperanzadora y densa de un relato sin concesiones para ofrecernos una visión de la historia desde la subjetividad femenina.

Reina Roffé

Estrategias felipistas*

Desde hace unos años, el universo editorial se ve sometido a las consecuencias cíclicas de un crecimiento desmesurado y coincidente de obras de corte monotemático. Su nacimiento suele realizarse al socaire de celebraciones de acontecimientos relacionados con personajes historiográficamente significativos o que, de alguna manera, han formado y forman parte de las denominadas historias de bronce nacionales.

Uno de los motores que espolean esta febril actividad se centra en los afanes revisionistas con los que parece alumbrarse cada conmemoración. No son menores los deseos por parte de los autores de llenar lagunas, vacíos u oscuridades de algún personaje o, en el mejor de los casos, de alguna etapa histórica. En el arqueo final, se suelen descubrir pocas reflexiones que ayuden a encontrar las razones por las que, en su momento, la comunidad científica obvió u omitió determinadas facetas de personajes o etapas que, en la conmemoración de turno, se

revelan fundamentales. Tampoco suelen abundar explicaciones que justifiquen lo novedoso del tratamiento o su filiación con las líneas de reflexión vigentes en las ciencias sociales, lo que, de alguna manera, fomenta el alejamiento entre los resultados de las obras conmemorativas y aquellas investigaciones que no se originan en las interminables celebraciones.

Pasados los fuegos de artificio y desde la aridez de la investigación cotidiana, el balance de lo conseguido suele presentar tendencias similares. En algunas ocasiones, la brecha, increíble pero real, entre investigación y docencia, o la discontinuidad en las investigaciones una vez pasado el acontecimiento, fomentan la dispersión y la ineficacia del esfuerzo. Otras veces, simple y llanamente, la calidad de los resultados obtenidos hace que resulte difícilmente justificable el desembolso realizado desde las arcas públicas.

En esta ocasión, el trabajo de Parker no responde a ninguno de los dos anteriores planteamientos. Esta vez estamos ante un trabajo que destaca por su solidez, fruto de la acumulación de años de experiencia y trabajo sobre un mismo tema (Felipe II y las empresas de Inglaterra y Flandes) y por su pulcritud historiográfica, como lo demuestran el apéndice bibliográfico y los comentarios sobre las

* *Geoffrey Parker, La Gran estrategia de Felipe II, Alianza Editorial, Madrid, 568 pp.*

fuentes primarias detectadas y utilizadas.

La obra amplía la esfera de interés que el autor ya había manejado en ocasiones anteriores (en esta misma editorial *Felipe II*, publicado en castellano en 1984) y busca superar el plano de lo individual o biográfico para adentrarse en el netamente político. Estamos ante un trabajo que establece su centro argumentativo en las delicadas arenas de la fuertemente personalista política exterior europea del siglo XVI. A pesar de los intentos de delimitación anteriores, el objetivo central sigue siendo la figura del monarca, aunque esta vez contemplado desde la perspectiva del análisis de los elementos y factores involucrados en el desarrollo de sus planteamientos estratégicos y en el proceso de toma de decisiones. No obstante, es grande la tentación de establecer éxitos y fracasos de acciones políticas atendiendo a las cualidades o defectos personales del monarca.

Articulada sobre tres puntales esenciales, la concepción metodológica del trabajo parece responder a las modernas teorías de las organizaciones y de la gestión pública, en las que las características de los integrantes de la organización (en este caso el monarca y los principales rasgos de su incipiente administración), el entorno en el que se inscribe la misma (los componen-

tes ideológicos, los componentes materiales y el contexto en el que se mueve la organización), y la evaluación de los procesos y acciones desarrollados (las empresas de los Países Bajos y de Inglaterra), resultan pilares analíticos fundamentales. Ahora bien, desde esa misma perspectiva analítica, cualquier plan de acción estratégico adoptado por los responsables de una organización está sustentado por una serie de objetivos definidos con anterioridad, algo que el autor no sistematiza convenientemente. En su defecto, Parker establece una breve discusión historiográfica sobre la existencia o no de un planteamiento estratégico global en la concepción que el denominado rey Prudente tenía de su política exterior. Es precisamente aquí donde la obra se muestra más inestable. Asumir y defender la existencia de una estrategia global supone aceptar que ambos términos son fundamentales a la hora de descubrir sus características y evaluar su resultado. La globalidad que el autor busca, obliga a que las empresas de los Países Bajos o la de Inglaterra sean tan importantes como las empresas, ausentes en la obra, contra el turco en el Mediterráneo o los problemas surgidos en la colonización y expansión de los territorios americanos y, en menor medida, africanos. No podemos olvidar que el objeto de estudio

propuesto por el autor no es el de trazar las líneas de la política exterior del monarca en el continente europeo, por cierto, bastante bien conocidas, sino el de considerar las prioridades estratégicas de la política exterior felipista en el conjunto de sus posesiones. La propia concepción que de estas últimas tenían los primeros Habsburgo incita a reflexiones de conjunto en las que no se puede perder de vista la variable temporal ni la geográfica. Las empresas de Flandes e Inglaterra debieron mucho más del señalado en la obra al comportamiento –bélico o pacífico– del resto de los escenarios susceptibles de conflictos.

Más allá de ello, una lectura atenta permitirá a los lectores descubrir entre el contexto en el que se desarrolla el argumento de la obra algunas características de la política exterior de los Austrias mayores, típica del Antiguo Régimen católico. El sentimiento patrimonialista con el que el monarca argumentaba y defendía sus actuaciones y gobernaba sus dominios –subyacente en todo el texto–, llama la atención sobre la cercanía, medida en términos históricos, del proceso de diferenciación de las esferas de lo indi-

vidual y lo colectivo, lo público y lo privado, al que, en la actualidad, estamos tan acostumbrados. La unión de estas esferas en una misma persona ayuda a entender gran parte de la lógica de la política interna y externa de Felipe II. Lejos de representar una política española, la política exterior es gestionada desde una perspectiva personalista y patriarcal, como señala el autor a la hora de analizar el proceso de toma de decisiones del monarca. Esta característica nos conduce hasta un *pater familias* cristiano, temeroso de Dios –ante el único al que se rendirán cuentas según la cosmovisión de la época–, preocupado por su honor y del de sus descendientes, que no consiente la disminución de su patrimonio, ni permite la intromisión en los asuntos que conciernen a su casa. La política de Estado, el bien común, el interés nacional o la seguridad nacional llegarán más tarde, cuando el gobernante ya no gobierne sus dominios. Con ellos llegarán las estrategias globales, aunque ninguna afortunadamente, haya logrado dominar el mundo más allá de lo que hizo Felipe II.

Pedro Carreras López